

de los grandes y hermosos pinos de copa que antaño confirieron umbría y carácter forestal a dicho lugar. Lugar que, en el transcurso del tiempo, fue de todo un poco: campo de maniobras de los regimientos de Infantería de nuestra guarnición; campo de tenis y de fútbol; campo de concursos hípicas y hasta campo de aviación, allí en los comienzos de la conquista del aire, como entonces se decía, y una de cuyas más notorias víctimas, la primera en nuestra ciudad, fue Le Blon, frente al peñón de Loreto-pea.

Aunque un tanto deslavazadamente, el barrio del Antiguo, del cual Ondarreta constituye su sector urbano más prestigioso, ha crecido mucho estos últimos tiempos. Es una pena que la calle Matía no se concibiera, al ser planificada, con la amplitud propia de la entrada a la ciudad por aquella parte de la misma. El callejón posterior y en cierto modo paralelo a dicha calle —ahora bautizado con el nombre de Aitzkorri— conserva cierto carácter, en medio de su relativo abandono. El nombre de la antigua finca Sansustegui evoca uno de los próceres lisajes donostiarros anteriores al Gran Incendio, de aquellos que solían tener en los alrededores de la ciudad las llamadas fincas de recreo. Más acá de nuestro tiempo —me refiero al siglo XIX— es el hoy abandonado y rui-

noso palacio de los condes de Caudilla, que tanto figuraron en la vida prócer donostiarra del próximo pasado siglo. Por cierto que no sólo el palacio, sino su frondoso parque, se halla también en el mayor de los abandonos. ¿Quiénes recuerdan la época en que parte de dicho parque constituía uno de los términos del paseo dominguero de las familias donostiarros, destinado a cervecería agreste de los Kutz, donde de niños jugábamos a la rana y bebíamos cerveza mezclada con limón, servida en grandes y altas jarras de cristal?

Y puestos a hablar del barrio, ¿qué decir del gran solar de dos o tres hectáreas por lo menos, que se halla entre la avenida de Zumalacárregui y el camino de Igueldo, detrás del hotel San Sebastián y próximo al citado palacio de Caudilla? Convertido en fangal, basurero y otras hierbas, uno piensa lo golosa que debe ser, a efectos de promoción urbana, aquella llana extensión de terreno, actualmente, y desde tanto tiempo ha, como olvidada a efectos de expansión o ensanche de la ciudad y en situación tan próxima a la playa de Ondarreta. La cosa es tanto más extraña, si se tiene en cuenta el asalto experimentado por las laderas y colinas, poco menos que inverosímiles, de nuestros alrededores. Hay cosas, al parecer, incomprensibles.

Ategorrieta

La toponimia, o sea, el estudio de los nombres de lugar, constituye una pequeña ciencia a la que he mostrado siempre cierta inclinación. Ategorrieta es uno de ellos. Este nombre genuinamente vasco ha sido traducido al castellano por Puertas Coloradas pluralizándolo, no sé por qué, toda vez que la puerta de referencia, aunque de dos batientes, no es más que una: la puerta colorada.

En mis sentimentales paseos por los alrededores de la ciudad —sentimentales, digo, pues todos y cada uno de ellos traen a mi memoria y a mi imaginación recuerdos de mi infancia, este de Ategorrieta es uno de ellos. Con el de la Fuente de la Salud y el del Antiguo, constituía a fines del próximo pasado siglo y principios del presente, una meta del paseo dominical vespertino de las familias donostiarros.

Bien es verdad que antes de penetrar en él, la impaciencia infantil exigía un alto en la cervecería campestre de la Viuda de Pozzy, antecedente cervecería inmediatamente anterior a los Hermanos Kutz. La verde fronda del parque, las mesas esparcidas en él y el juego de la rana, atraían a la grey infantil como a sus progenitores, a los que solícitos camareros les proveían de grandes y altas jarras de cerveza y limonada, mezcladas ya. Tanto ésta como su homónima en cuanto al lugar y al nombre, la cervecería del Antiguo de Kutz, ofrecía un lugar de plácido esparcimiento, sobre todo en verano, en razón de lo umbroso, recatado y tranquilo de ambos similares recintos.

Cosas humildes pueden dar nombres perdurables. Es el caso de Ategorrieta. Todo un barrio, y la extensión de camino tan importante como

el de la carretera comprendida entre el final de la calle Miracruz y el del alto del mismo nombre, son conocido popular e indistintamente por el nombre de Ategorrieta o Puertas Coloradas.

Sin embargo, el verdadero paseo de este nombre era de una ínfima y modesta extensión. Nació en la Fuente de la Campana, por la forma que su recinto tenía (la gasolinera actual aproximadamente) y se extendía hasta topar, allá al fondo, pasadas las cocheras del tranvía, con la puerta colorada de marras.

Todo aquello ha cambiado mucho: pues la famosa fuente desapareció, y gran parte del proplamente llamado paseo de Ategorrieta ha desaparecido, apropiado por un determinado número de villas que han incorporado a

sus respectivas propiedades el paseo antiguo del procomún municipal.

Estas villas se llaman "Cedichonea", "San Medel", "María-enea" y "Alorenea", para terminar en el bello y moderno conjunto residencial de "Atari".

A partir de este último se restablece el antiguo paseo hasta la famosa puerta que no obstante el tiempo transcurrido sigue pintada de colorado, ajena a la popularidad que tanto como puerta como por el color de su pintura iba a alcanzar. Tuvo, en al-

gún momento su propietario, el prurito de pintarla de otro color; pero la "vox pópuli" impuso, en aras de la tradición, su permanencia. El hecho es que la puerta colorada subsiste aún, aunque sospechamos que por poco tiempo.

Antiguo paseo donostiarra, allá en su confín se incorpora al no menos antiguo camino de San Sebastián a la Herrera, flanqueado actualmente por gran número de villas que forman calle, paralela a la carretera general, con posterioridad ésta construida, y

que con ella se reúne justamente en el Alto de Miracruz.

A la entrada de este antiguo y genuino paseo de Ategorrieta, o sea, en torno a la Fuente de la Campana desaparecida, subsiste aún el que considero más vetusto lote de próceres árboles donostiarra, olmos y plátanos corpuientos, algunos de ellos, de tan viejos, poco menos que fosilizados. En cuanto al extremo opuesto del paseo, o sea, a la altura del reloj por antonomasia, desapareció sin que se sepa qué fue de él o dónde para, el rótulo que testimoniaba el Cuartel General de la Legión británica con la inscripción de "Trafalgar Square".

Avenida de España

Con el derribo del edificio del Banco de San Sebastián, desaparece uno de los más nobles y sobrios ejemplares de arquitectura urbana de la avenida de España. Era obra de aquel buen arquitecto donostiarra familiarmente llamado "Chomin" Aguirrebengoa, de quien, antes de ahora, he hecho su elogio, refiriéndome, precisamente, al edificio de referencia. Le conocí personalmente, y sin exagerar las cosas cabe decir que fue uno de los arquitectos donostiarra de fines del próximo pasado siglo y principios del presente, que con los Cortázar y los Elizalde, los Alday y los Gurruchaga, por no decir nada de los Goicoa y los Echave, fisonomizaron a nuestra ciudad, desde el punto de vista arquitectónico, con cierto estilo. En el edificio que nos ocupa, Domingo de Aguirrebengoa acertó a erigir una fachada de estilo clásico sin pretensión alguna, pero cuya ponderación y sobriedad le ungiéron de un carácter de nobleza sin empaque muy propio de un edificio bancario.

No vaya a creerse que este edificio fue el primero que ocupó dicho privilegiado solar de la Avenida. Antes de él lo ocupaban dos casas de vecindad, números 17 y 19, de muy buen estilo construidas por mi abuelo materno, y en cuyo primer piso nací. Así, pues, y ateniéndome a aquella especie de segregación tribal dentro de la comuna, yo no soy ni koshkero ni joshemaritarra, sino sencilla y simplemente donostiarra. Aún recuerdo la especie de superioridad con que los nacidos en la llamada Parte Vieja miraban a los nacidos en el ensanche Cortázar, por no decir nada del cierto menosprecio con que eran tachados los nacidos en las inmediaciones del futuro barrio de Amara, al que llamaban Guadalajara.

Volviendo a la Avenida, digamos que con la desaparición del edificio del Banco de San Sebastián, queda con-

sumado ya prácticamente el cambio de fisonomía de dicha arteria urbana, pues ya van siendo pocos los ejemplares del antiguo estilo en dicha calle, en que la altura de sus edificios guarda una armoniosa proporción con la anchura de aquélla.

Durante estos últimos años, la Avenida ha ofrecido un súbito y heteróclito aspecto en razón de la disparidad artística de sus edificios, la distinta naturaleza de sus materiales de sus edificios, la distinta naturaleza de sus materiales de construcción y la desdentada altura de unos y otros, de los nuevos y los antiguos. Ahora esta disparidad va paulatinamente decreciendo, al ser mayoría, o en trance de serlo, la mayor parte de sus nuevos inmuebles. Ha sucedido con esta Avenida lo que ha pasado con el paseo de la Concha. Cuando todo eran chalets o palacetes de poca altura, su conjunto hacía bien. Luego, el contraste de estos pequeños edificios y los grandes inmuebles modernos, determinaron un desajuste ingrato a la vista. Ahora que la mayor parte de ellos son altos, los pocos pequeños palacetes que aún subsisten —aunque por poco tiempo— son los que hacen mal, subyugados por la mayoría que, aunque a regañadientes, han impuesto su ley, esa ley tan democrática, pero tan discutible, de las mayorías, en este caso, mayorías en cuanto al tamaño y a la cantidad.

La avenida de la Reina Isabel II y de la Libertad ha muerto, para dar paso a la avenida de España. Su vida urbana, en cuanto a sus edificios se refiere, ha tenido, efímera o no, una durabilidad de ochenta años, o sea, de 1870 a 1950. ¿Qué avatares les esperan a los edificios de 1950 a 1980 que conforman una de las principales arterias de nuestra ciudad? Ustedes lo comentarán, que no yo, dentro de veinticinco años, esto es, el año 2000.